

Cómo dibujar un círculo perfecto

Puedo imitar las esferas del cuerpo de la modelo, su cabeza,
su boca, la barbilla que descansa en el doblar del codo,
pero nada me indica cómo hacer que sus pupilas espiralen

de su mirada. Todo lo que el ojo ve entra a un círculo,
el mundo está conectado a un círculo: el aliento se desenrolla de las fosas nasales
y todo amor por abrir se convierte en una O. La forma dentro del círculo

es un círculo, el huevo que cae afuera del nido que la serpiente circunda
descansa en la mirada de la serpiente, igual que mi mirada descansa en la modelo.
En un dibujo de contorno ciego el ojo sigue al sujeto

sin observar lo que hace la mano. Todo está conectado
por una línea que se enrosca y se cancela como la figura de una serpiente
que se traga su cola decadente o una mente que busca destruirse,

un hombre circundando un paso a desnivel antes de atacar a un policía.
Para dibujar los pezones de la modelo debo dejarme llevar.
Amo todas las partes del cuerpo. Hay tantas curvas

como joyas de matrimonio, tantos remolinos como dientes
en la boca del futuro: las mudas perlas que una novia lleva en su boda,
los durmientes ovarios como cabezas de pasajeros amontonados en un túnel.

Las puertas del vagón del metro imitan una O abriéndose y cerrándose,
en la sangre la O espirala su hélice de defectos, sombras genéticas,
pero no hay instrucciones para identificar a los seres amados que enloquecen.

Cuando una mañana un hombre negro apuñala a un policía de tránsito negro en la cara,
y el policía, sangrando por el ojo, mata al atacante, ninguno de los que van
al metro lo ve tan rápido para atestiguarlo con la cámara del teléfono.

La escena debe ser llevada en la lengua, debe ser llevada
de las noticias al futuro en que distraerá a los ojos que hacen
líneas en papel. Esto es lo que el dibujo de contorno ciego evoca en mí.

Al centro de Dios acecha una O, el diablo cree que la justicia tiene forma
de cero, un casco miliciano o tambor bélico, un puño o cañón de arma,
un barril de cráneos o huevos arruinados. Para levantar algo de un campo

el que levanta se dobla como una O rota. El peso del cuerpo
al bajar por un agujero puede hacer a cualquiera decir *Ob*: los mirones,
la madre, los hermanos y hermanas. Presagio termina en O.

Cuando busqué en mi pasado vi al muchacho que no había visto en años
dar un salto mortal hacia atrás tan intrépido que los mirones lo llamaron loco.
No vi una luna tan blanca como una cebolla pero vi un plato de papel

sobre el cual el muchacho tenía un cuchillo de plástico y carne ensopada.
Un atacante es un hombre con historia. A su madre le cuesta
cortar una cebolla al preparar una comida que será servida después del funeral.

La cebolla es el mejor símbolo de la O. Al rebanarla, un gas volátil irrita los ojos del que rebana como un castigo nublándolos hasta que ven lo que ve alguien atrapado bajo un párpado de agua:

un mundo de aristas suaves, un manchón de flores manteniendo a flote un ataúd.
La cebolla es acre, su olor infecta el aire de tristeza,
todos los portaféretos lo huelen. Los dolientes se miran,

miran la ambivalencia del pastor, esperan a que se abran las puertas,
esperan la aparición de la víctima herida de un solo ojo
y sus defensores, los extraños que no consideran el funeral del atacante

un consuelo. Antes de ese día el oficial nunca había disparado su arma
en cumplimiento del deber. Estaba conversando con un taxista
debajo de las vías cuando mi primo lo rodeó sosteniendo un cuchillo.

La herida no causó daño cerebral, sin embargo le cercenó el globo ocular.
No estoy seguro de cómo llora un hombre sin ojo. En la *Odisea*
agua rosa descende por el rostro craterado del Cíclope después de que Odiseo

le clava un leño ardiente. Cualquiera podría hacerlo. Cualquiera podría
comenzar el día con ojos y finalizarlo ciego o muerto,
cualquiera podría perder la razón o la vista. Cuando enloquezca

temo que caminaré desnudo por las calles, temo que gritaré
cualquier pendejada que me preocupe o cautive, trataré de matar
o hacerle el amor a todos antes de que la policía me espose o me mate.

Aunque la bala sale por un agujero perfecto no deja agujeros perfectos
en el cuerpo. Una herida es una celda y un portal. Sin ella la sangre corre
sin salida. Es posible dibujar esposas usando asas

con la forma del símbolo del infinito, del latín *infinitas*
que significa *sin límite*. La manera de llegar a cualquier cosa
es el contexto. En un contorno ciego no es posible dotar a tu sujeto

de una mirada inconexa. Separado de la mano el ojo del artista
inicia su propia travesía. Pudo haber sido lo mismo para el Cíclope,
un gigante cuya órbita ocular era tan grande que toda una cebolla

podía caber en ella. Separado del cuerpo el ojo inicia
su propia travesía. El mundo cierra el ciclo: las horas, las cosechas,
cuando la parte del cuerpo que sostiene al alma finalmente se descompone

se convierte en un círculo, un agujero que lo sostiene todo: mancha, célula,
vientre, partes del cuerpo que nadie puede ver. Miré a la modelo
aflojarse un botón de los jeans y salir de ellos

como uno saldría de un agujero en un valle azul, un mar. Me encontré
en la oscuridad, me encontré entrando en su cuerpo como un delicado cascarón
o suave píldora, como este curvado pulgar mío contra sus labios.

Debes mirar sin mirar para hacer el círculo perfecto.
La línea, la mente debe ser un ciego líquido continuo
hasta que el dibujo esté completo. —

Versión del inglés de Román Luján.

TERRANCE HAYES
(Columbia, Carolina del Sur, 1971) es poeta. Su libro más reciente es *How to be drawn* (Penguin Poets, 2015).

ROMÁN LUJÁN
(Monclova, 1975) es poeta. Ediciones Liliputienses acaba de publicar en España su libro *Drâstel*.